

HEREDIA • CARTAGO • SAN JOSE • ALAJUELA • LIMON

G
U
A
N
A
C
A
S
T
E

P
U
N
T
A
R
E
N
A
S

REVISTA

— DE —

COSTA RICA

(PUBLICACION MENSUAL)

SUMARIO

- FRAGMENTOS DE LA HISTORIA DE CENTRO AMÉRICA
POR ROBERT GLASGOW DUNLOP Traducido del inglés
por..... *Ricardo Fernández G.*
- ENTIERROS INDÍGENAS EN COSTA RICA..... *Paul Serre del Sagües*
- INFORME SOBRE LA ISLA DEL COCO..... *R. McCartney Pasemore*
- LA SUBREGIÓN FITOGEOGRÁFICA COSTARRICENSE..... *Carlos Wercklé*
- TEMBLORES REGISTRADOS EN EL OBSERVATORIO NACIONAL DURANTE EL AÑO 1920 *R. Fernández Peralta*
Rafael M. Tristán
- NOTAS DE LA DIRECCIÓN

Año III

No. 3

SAN JOSÉ, COSTA RICA
NOVIEMBRE DE 1921

COLABORADORES:

Don Cleto González Víquez, don Ricardo Jiménez, don Manuel M. de Peralta, don Valeriano F. Ferraz, don Pedro Pérez Zeledón, don Ricardo Fernández Guardia, don Carlos Gagini, don Anastasio Alfaro, don Rafael Villegas, don Francisco Montero Barrantes, don Enrique Jiménez Núñez, don J. Fidel Tristán, don Alejandro Alvarado Quirós, don Claudio González Rucavado, don Gustavo M. Chaud, Rev. P. Agustín Blessing, don Miguel Obregón, don Manuel Quesada, don Elías Leiva, don Luis Felipe González, don Matías Gámez Monge, don A. Esquivel de la Guardia, don Eladio Prado, don J. L. André-Bonnet, don Hernán G. Peralta, don Ricardo Fernández Peralta, don Otón Jiménez.

REVISTA — DE — COSTA RICA

PUBLICACION MENSUAL

Número suelto 50 Cts. — Año ₡ 5.00

PRECIO DE AVISOS POR INSERCIÓN

UNA PLANA ₡ 12.00

MEDIA PLANA ₡ 8.00

ADVERTENCIA

Siendo el único objeto de esta Revista, el de propagar toda clase de estudios patrios, la Dirección acepta y solicita cualquier trabajo que sea de la índole para el cual está fundada y dará su publicación si lo cree de interés general.

Toda correspondencia se dirige al Director

No se devuelven originales y los autores son responsables de sus escritos

Entierros Indígenas en Costa Rica

Por Paul Serre del Sagués

(Traducido del francés por Rodolfo Castaing)

Al erudito y concienzudo trabajador, rememorador del pasado, Señor Licenciado Don Cleto González Viquez, como homenaje de admiración.

El origen de los indios de Costa-Rica se pierde en la noche de los tiempos. Puede que descendan de las hordas asiáticas que hace quinientos siglos, a decir de un autor americano, pasaron el istmo septentrional (hoy día estrecho de Behring) o bien de los infortunados Atlantas, tragados con su propio continente por los abismos del mar.

Las mas antiguas de las razas cobrizas de Centro-América, las cuales hablaban diferentes dialectos, eran la de los *Corobicies* y la de los *Chorotegas*, (estos últimos antropófagos), verdaderos autóctonos de la América del Centro, junto con los *Votos* y los *Tarascos*.—Los *Nahuas* emigraron de México hacia el siglo XVII, mientras que los *Boruca*s o *Brunca*s, vinieron de Colombia, por el año 1000.—Finalmente, los *Caribes*, divididos en *Viceitas*, *Bribbis*, etc., eran originarios de Venezuela, de donde salieron hacia el año 1400.

Escasamente vestidos; como es de suponerse, o, para decir mejor, sin ninguna vestidura, estos Indios, en número de más de cien mil, llegaron a la edad del oro y del cobre antes de conocer la edad del hierro.—Sus monedas eran conchas (tehaquiras), agujereadas y enhebradas a modo de rosarios, que valían a tanto el pié u otra medida cualquiera de aquella época; también consistían en granos de cacao.—Sus conocimientos agrícolas se reducían a muy poca cosa, pues se conformaban con practicar huecos en el suelo, por medio de una estaca, para hacer la siembra de granos o de tubérculos. De ese modo planteaban el maíz, la yuca, los frijoles, el tabaco, el cacao, el algodón, etc... También se entregaban a la caza y a la pesca: se alimentaban de frutos silvestres y criaban cerca de sus viviendas los pequeños cerdos de monte y tapires que cogían en las selvas. Los trabajos más fuertes estaban a cargo de las mujeres, bastante diestras en la pesca con arco, mientras que los hombres se complacían más bien en disfrutar la holganza de la hamaca.

El historiador don Ricardo Fernández Guardia, nos dice que el comunismo más fraternal reinaba entre los miembros de una misma familia, lo mismo que entre los de una misma tribu.

Taimados, astutos, disimulados, indolentes, belicosos, pérfidos y crueles, tanto traficaban como guerreaban entre ellos, a fin de tomar prisioneros que les servían de esclavos o de víctimas para los sacrificios humanos que efectuaban, en cada luna nueva, sobre las cimas de las montañas, o bien cuando moría algún Jefe.

En el museo de San-José de Costa-Rica puede verse algunos ejemplares de las grandes losas, un poco cóncavas, sobre las cuales colocaban el cadáver de la víctima, sacrificada por medio de un mazazo aplicado en la nuca. El sacerdote procedía entonces a abrir el pecho con un cuchillo hecho de obsidiana y extraía el corazón que era colocado, todavía palpitante, sobre un utensilio de piedra, con unas asas, para ser presentado al ídolo. Luego, el oficiante saboreaba con fruición este músculo, mientras los asistentes despedazaban el cadáver para comerlo y mientras distribuían entre sí granos de maíz, teñidos con la sangre de la víctima, para usarlos como fetiches.

Estos sacrificios sangrientos, en holocausto de los Dioses Nacionales, a semejanza de los Aztecas, fueron introducidos en Costa Rica probablemente por las tribus mejicanas de los *Corobicies*, *Nahuas*, *Tarascos*, *Chorotegas*, etc.

Todos los indios practicaban el culto sagrado a los muertos, enterrados en sus propias aldeas, y, a menudo, como acostumbraban los Guatusos (originarios de los Caribes, cuyos descendientes viven actualmente en las riberas del Río Frio) en sus mismos palenques (chozas), en un sitio en el cual estaba vedado poner ni siquiera un pie. Esta costumbre podría servir de ejemplo a muchos europeos, menos respetuosos con la muerte.

El hombre blanco, que saca provecho de todo y cuya curiosidad está siempre alerta, lo mismo que el mestizo, que se preocupa menos de la memoria de sus ascendientes cobrizos que de la de sus antepasados españoles, a veces salpicados de sangre árabe, no guardan ningún respeto a los antiguos campos de los muertos, donde los aborígenes creyeron encontrar su último reposo.

En Costa Rica se exploran por todas partes las tumbas de los indígenas, —tumbas que tienen de cinco a diez siglos, y a veces más,— para buscar en ellas piezas de alfarería, ornadas con figuras geométricas, dibujos bonitos y curiosos, las cuales pertenecieron a los muertos y guardaron, como lo acusan todas las apariencias, los frutos y los granos indispensables para la vida ultra-terrena!

Algunos de estos objetos, sobre los cuales se ven signos religiosos, solo eran utilizados en el acto de las inhumaciones.

Algunas piezas de arcilla muy antiguas, posiblemente conservadas a través de varias generaciones, se encuentran vecinadas con otras de estilo más moderno, las cuales cuentan, sin embargo, con muchos centenares de años.

Estos utensilios, según la tierra empleada y la tribu a la cual pertenecía el alfarero, ofrecen aspectos bastante diversos, que les dan, a los ojos de los entendidos, un verdadero estado-civil.

Con mucha facilidad se localizan los cementerios indígenas, ya sea observando los pequeños levantamientos o relieves del terreno, o bien las ringleras de grandes piedras redondas que se encuentran en los cauces de los riachuelos, que bajan de las montañas y colocados simplemente sobre el suelo.

Frecuentemente son los cafetales los que ocupan el sitio de estos antiguos campos de los muertos. Pero qué importa! Se escarba entre las raíces de los cafetos, lo cual constituye un excelente medio para airear las tierras dedicadas a este género de cultivo, y una ganancia para el propietario del terreno, puesto que se le reconoce una indemnización.

En algunos cementerios los cadáveres se hallan colocados en el desorden más grande. Parece que las inhumaciones hubiesen tenido lugar en épocas sucesivas.

Por lo general no se encuentra más de una bóveda, en la cual solo hay un cuerpo; pero algunas sepulturas ofrecen dos y tres cuerpos superpuestos. Cada una de las divisiones de la bóveda está formada con piedras secas, a modo de paredes y protegidas por una losa. El conjunto se halla sepultado bajo las tierras que acarrearán las aguas pluviales. La profundidad total de cada sepultura puede alcanzar hasta tres y cuatro metros, especialmente en el Guanacaste; pero lo más frecuente es que aquella no exceda, como ocurre notablemente en la meseta central, de dos metros, y, a veces, la losa superior solo se encuentra cubierta por un pie de tierra. Debido a esto, la localización se hace fácil, pues para ello basta hundir una barreta en el suelo.

Nuestro compatriota, Mr. André Cournalé, hoy Jefe Político de Santa Cruz del Guanacaste descubrió hace 9 años en compañía del Padre Velasco, Cura de Nicoya, el cual se ha especializado en el estudio de las tumbas indígenas, un grupo de sepulturas en donde los muertos, probablemente de una misma familia, habían sido enterrados en forma estrellada, estando las cabezas reunidas en el mismo centro.

Generalmente estas sepulturas guardan osamentas tan antiguas, que es

muy raro encontrar una tibia o un cráneo suficientemente conservados que permitan hacer estudios etnológicos o craneológicos; mientras que la alfarería ha resistido mejor a los estragos del tiempo. Pobres de nosotros!

Como estas piezas de arcilla han sido reblandecidas por la humedad del suelo, deben quedar en su lugar, después de quitárselas con precaución las tres cuartas partes de tierra que las rodea para que se sequen. Pero se corre el riesgo de que, frecuentemente, sean robadas durante la noche, aquí donde el merodeo no ha sido considerado nunca como un pecado mortal. Muchos de estos recuerdos de los antiguos indios se encuentran desportillados y aun reducidos a fragmentos, debido a los apilamientos o a los temblores de tierra. Sin embargo, parece que las piezas grandes hubieran sido mutiladas intencionalmente, para que de ese modo nadie pudiese servirse de ellas, porque no es posible hallar en las excavaciones, los pedazos que hacen falta, a menos que no hallan sido quebradas simplemente por los individuos que participaron en las ceremonias fúnebres, ebrios de chicha, como piensa el distinguido profesor don Fidel Tristán, Director del Colegio de Señoritas de San José.

La colección de recuerdos es completa: pebeteros (qué dirá de eso Mr. Coty?) utensilios de menaje, pintados de negro, de rojo y de amarillo con ocos propios del lugar, y algunos cuyos dibujos resuerdan bastante las civilizaciones griega, etrusca, inca y azteca; objetos del culto a los ídolos; lámparas parecidas a las halladas en Pompeya; ocarinas que se acercan a las fabricadas actualmente en Italia y ornadas con figuras inspiradas siempre en el sexo femenino; silbatos; crisoles para fundir el oro; sellos; morteros; hachas de piedra, sonajeros para entretener a los pequeños indios; todo hecho de tierra cocida y cada objeto con un carácter simbólico, adecuado al uso a que era destinado. También piedras de moler, ligeramente concavas para pulverizar el maíz o el cacao; y por último, ídolos esculpidos toscamente en la lava gris de los volcanes y decapitados en su mayor parte por los misioneros españoles y en los cuales el género masculino, bien concebido, aparece en toda plenitud, con toda naturalidad. En ciertos lugares los ídolos del sexo femenino son particularmente numerosos.

En el islote de Nicoya (Pacífico), se encuentran objetos de obsidiana, materia bastante común en este terreno volcánico, o bien de jadeita, piedra olivácea llamada también nefrita, que se encuentra en los flancos del Volcán Miravalles, a decir del amable profesor don Anastasio Alfaro, Director del Museo Nacional en San José.

En la región de Golfo Dulce, en la cual todavía habitan algunos centenares de Indios Borucas, y en la de Talamanca (al Sur de Costa Rica), donde los ríos han arrastrado pepitas de oro, los buscadores de tumbas han encontrado joyas de oro nativo (de 20 a 22 quilates) fundidas, y a veces forjadas antes de ser pulidas, las cuales pesan hasta 600 gramos, como lagartos, pájaros, peces, cocodrilos, mariposas, ranas, tigres, tiburones, arañas, águilas con las alas abiertas (insignias de mando que los Caciques usaban colgadas al cuello), cascabeles, pequeños platos muy parecidos a las patenas, ídolos minúsculos del sexo varonil, siempre bien representado; combinaciones de formas humanas y animales: cuerpos de hombres con cabeza de jaguar, de caimán o de loro, etc. El artista indio hacía un modelo de cera, que cubría después con arcilla, dejándole un pequeño agujero. Luego sometía todo al fuego; la cera fundía y se derramaba. Después vertía oro en la matriz de tierra cocida, la cual era quebrada tan pronto se hacía la solidificación. Eso explica el que no haya podido encontrarse nunca dos piezas fundidas en el mismo molde; y que la impresión dactiloscópica sobre los objetos de oro encontrados en las tumbas antiguas haya hecho creer a los indios actuales, que sus ascendientes habían encontrado el secreto de hacer el oro modelable como la arcilla.

Algunas divisiones de las tumbas no guardan ningún objeto, pero el caso es bastante raro. Las más ricas contienen alrededor de una docena y es bueno hacer notar que algunos joyeros locales fabrican, para surtir a los turistas americanos del Norte, falsos amuletos indios de oro de catorce quilates! La alfarería, por lo demás, es tan común, que no vale la pena hacer imitaciones: pero se reproducen, sin embargo, las valiosas piezas raras que tiene en su magnífica colección el Museo Nacional de Costa Rica y que comprende no menos de 20,000 objetos. Gran número de estas piezas de arcilla que fueron enviadas a la Exposición de Madrid, volvieron en lamentable estado; pero una señora entrada en años, experta en el «juego de paciencia», rejunta y ajusta los pedazos desprendidos a fin de reconstruir la colección.

Un sabio sueco, el señor C. V. Hartman, protegido financieramente por un Mecenas de su misma nacionalidad, después de haber verificado, durante muchos años, excavaciones en la Meseta Central y en las islas del Golfo de Nicoya, hizo editar en Estocolmo, en 1901, un magnífico tratado de lujo, que los especialistas consultan con interés. Nada se ha publicado hasta hoy de más bello, de más rico ni de más completo, sobre las excavaciones de tumbas indígenas en la América del Centro.

Por lo general se encuentran osamentas diseminadas alrededor de algunas sepulturas—especialmente cráneos—. Estas son las de los esclavos (hombres, mujeres y niños) que fueron sacrificados y enterrados en tiempo oportuno, para que de ese modo continuaran sirviendo en ultratumba al alma de sus amos. Igual cosa ocurría con los enemigos muertos en la guerra y que los jefes vencedores conservaban en su poder hasta el último momento.

Hace algunos años salió de la República de Panamá, una expedición con el objeto de explorar los cementerios del Valle del Corredor, que limita con el de Río Coto. Los vecinos del Sur hallaron gran cantidad de oro en las tumbas indígenas, pero se vieron interrumpidos en sus trabajos por las inundaciones que causan las lluvias, y tuvieron que regresar, en espera de mejor ocasión.

En este sitio hay un cementerio famoso, llamado de la Vaca, donde algunas tumbas no violadas, tienen todavía encima piedras de moler maíz, hechas de lava y montadas sobre cuatro patas. A alguna distancia se ven rodillos de piedra y guijarros de río, toscamente esculpidos.

Yo tuve oportunidad de visitar un cementerio indio muy antiguo, situado en Escasú, pueblo que queda de San José a una hora y media a pie. Allí no hay losas. Muchos cuerpos están superpuestos, pero sus huesos, reducidos a polvo, solamente se hallan indicados por líneas blancas. En una finca próxima encontró un americano, el señor Swamp, hace algunos años, cincuenta objetos de oro en el lapso de quince días. A juzgar por este detalle y por la cantidad de oro hallada en tan poco tiempo es creíble que este americano tuvo la buena suerte de encontrar un cementerio de antiguos jefes.

En los flancos del Volcán Irazú se encuentran las sepulturas de los indios de la tribu de los Huétares, pobladores de la Meseta Central antes de la conquista española, quienes enterraban sus muertos de preferencia junto a las fuentes o a las orillas de los ríos. Para esto tenían sus razones, a no dudarlo, un poco supersticiosas.

Los funerales de las notabilidades indígenas comprendían dos ceremonias bastante diferentes. Inmediatamente después del fallecimiento el cuerpo era pintarrajeado; luego untado con la resina extraída del árbol llamado «Caraña» y envuelto y cosido en un gran pedazo de género de algodón burdo, lleno de dibujos alegóricos, de color rojo, o bien en una sábana hecha de corteza de árbol (de mastate o de hule, es decir, árbol del cual se extrae el caucho). El muerto era transportado en una especie de hamaca, hecha de lianas y fibras de agave, hasta el bosque de los «Árboles Sagrados». Una vez suspen-

didos entre dos de estos se le cubría con hojas de bijagua (*Marantacea*), para que de ese modo estuviese al abrigo de la lluvia y de los ataques de los zopilotes, aún cuando no de las hormigas y otros insectos.

El cuerpo era velado, según la importancia del personaje, durante tres, cinco o nueve días. Al igual de como lo hacen actualmente los negros de las Antillas, los indios que custodiaban a los muertos, comían, cantaban y bebían chocolate y chicha (vino fermentado de maíz, de plátano, de yuca o de peji-balle, fruto éste de una palmera muy apreciada por los indios) (1). Esto duraba hasta el momento en que caían borrachos, (únicamente los Cotos, de la raza de los Brunecas, no se embriagaban nunca) mientras las plañideras de la tribu desgarraban el aire con sus gritos agudos. Una vez terminada la velada, generalmente como consecuencia de la falta de chicha, se procedía a romper la vajilla (piezas de alfarería) que había contenido los alimentos; luego se formaba al pie de los árboles en los cuales estaba suspendido el cadáver, valiéndose de dos pedazos de leña, frotados uno contra otro, una hoguera sagrada, que era mantenida durante nueve días y en la cual era absolutamente prohibido encender nada, ni siquiera una pipa. La inhumación no tenía lugar hasta el final de la doceava luna después del fallecimiento. Durante este tiempo, el alma vagaba por la vecindad de la hamaca, alimentándose de frutos silvestres, en especial de semillas de cacao. Al aproximarse la doceava luna, se procedía a preparar las losas de piedra plana, llamadas «lajas» y a la erección del mausoleo de la familia, caso de que no existiese ya. Al mismo tiempo se preparaban todos los objetos religiosos, lo mismo que las armas de propiedad del muerto, las cuales debían de ser enterradas con el esqueleto.

Las antiguas generaciones mataban el garado, destruían los árboles frutales, los cultivos, etc... que habían pertenecido al difunto y que éste no podía llevarse al más allá. Pero esta costumbre cesó pronto, por común acuerdo entre los herederos, gracias a los milagros de la civilización.

Al terminar el último cuarto de luna, los habitantes del palenque y los de las chozas vecinas, se trasladaban con gran pompa al bosque sagrado, a recoger los restos del extinto.

Los cadáveres, al igual de las mujeres en estado menstrual o en el de embarazo, eran «bukuru», es decir, que no podían ser tocados por un simple mortal (2). Los sacerdotes indios, cuyos títulos se transmitían por herencia, descolgaban la hamaca, abrían las envolturas de hojas y lavaban en el río más próximo los huesos del esqueleto, los cuales eran otra vez envueltos en nueva tela de algodón y llevados a la tumba correspondiente. Por lo general se colocaba el cráneo al Oeste o al Sur. Debido a una larga exposición al aire libre y al sol, algunas osamentas se encuentran todavía muy bien conservadas. En verdad todo esto no es tan moderno como la cremación al petróleo, pero tanto la desecación de los cuerpos al aire libre, como la exposición de los cadáveres en las «Torres del Silencio», como se hace en las Indias inglesas, parecen todavía preferibles a las prácticas actuales del mundo civilizado, a la lenta descomposición de las carnes en las fosas fétidas.

La inhumación daba lugar a otra nueva ceremonia. Los «isogros», (cantadores) completamente revestidos de plumas, invitaban al alma del difunto a que asistiese a la fiesta que se hacía en su honor, y, después de ciertos signos, anunciaban que la invitación era aceptada. Entonces se cantaba nuevamente, se bailaba y se bebía chicha durante tres días. Una vez que la ceremonia había terminado, el alma satisfecha se retiraba a descansar simplemente sobre una piedra, a orillas del mar.

(1) Los negros de las Antillas toman rum.

(2) Las materias sucias que despedían mal olor, especialmente las materias fecales, eran calificadas de «Nya», y estaba prohibido tocarlas.

Estos indios creían en Dios, en el «Gran Espíritu», llamado «Sibu» por las tribus de Talamanca, quien sembró a los hombres en la tierra del mismo modo como se siembra el maíz. También creían en el Espíritu maligno, no así en la gloria, ni en las penas eternas.

El difunto obispo alemán de Costa Rica, Monseñor Thiel, contaba que los indios de Chirripó, a quienes había visitado, explicaban del modo siguiente los orígenes del mundo:

- 1.º—Al comienzo, sólo había rocas por todas partes;
- 2.º—Un murciélago enorme salió entonces y derrapó por doquiera su fimo;
- 3.º—Luego, apareció la vegetación;
- 4.º—Después vinieron los animales;
- 5.º—Por último el hombre.

Qué deben pensar de todo esto los manes de Laplace?

Los indios de Centro América, en resumidas cuentas, no eran tan ignorantes como lo creyeron algunos conquistadores sanguinarios y Padres fanáticos, quienes, en aquella época, mataban a diestra y siniestra a las gentes porque no cambiaban de Dios!

Como no tenían noción de la asistencia médica, los enfermos eran atendidos por los «Awas» o brujos; como ignoraban hasta los principios de higiene más elementales, para hacer las desinfecciones se servían de un simple bocado de tabaco. El abuso de la chicha, las dolencias palúdicas y venéreas, las mordeduras de serpientes, las úlceras provocadas por el exceso en su alimentación de carne de cerdo, todo eso ha diezmando las tribus indias de Costa Rica. Hay que hacer notar que muchas de ellas han puesto impedimento al matrimonio entre parientes muy próximos.

Según opinión del fecundo escritor don Carlos Gagini, en este país, actualmente no hay más de dos mil indios, agrupados sobre todo en el Sur, y pertenecientes a las siguientes tribus:

CABECARES, raza montañés del Sur, poco conocida, la cual debe descender de los Tarascos, y ofrece más importancia para su estudio; BRIBRIS, TERRABAS, BORUCAS, CHIRRIPOS, GUATUSOS (estos últimos establecidos al Norte del país, cerca de la frontera con Nicaragua).

Yo desearía, para terminar, que este pequeño estudio inspirase a algún francés, amante de las ciencias y rico, la idea de venir a estudiar en su propio terreno las costumbres de los últimos indios de Costa Rica.

Empero, es en Guatemala, de toda la América Central, donde se encuentra el mayor número de indígenas (900,000, un tercio de la población) descendientes de los primitivos Mayas, de Yucatán; también en Honduras, donde se hallan, hoy día, diferentes razas mezcladas.

En este último país se encuentran los descendientes de los Caribes, emigrados hace bastante tiempo de la isla de Guadalupe, establecidos primeramente en la isla de Roatán, los cuales emplean todavía, «despellejándolas» (1) por completo, algunas palabras francesas.

Sus ascendientes, a su vez, despellejaron a los semejantes. Es evidente que se ha progresado! La civilización avanza, no hay duda!

(1) Écorchant.